

El concepto de democracia en el pensamiento político de Charles Taylor

*Darío Montero**

Universidad de Chile, Santiago, Chile

RESUMEN

El artículo reconstruye el concepto de democracia de Charles Taylor, distinguiendo dos fases en la elaboración de este. En la primera, un joven Taylor insatisfecho con las perspectivas que ofrecía una concepción en boga puramente instrumental de la democracia y al mismo tiempo crítico hacia los regímenes totalitarios de los cuales le tocó ser testigo, concibe una democracia capaz de compatibilizar el ideal del autogobierno ciudadano con el pluralismo propio de las sociedades liberales modernas. La segunda fase se interesa más por las trayectorias reales de la democracia que por la construcción de un tipo ideal de esta. Ahora Taylor abraza la idea de que, tal como existen modernidades múltiples, es necesario reconocer distintas formas democráticas en el mundo. El concepto de 'imaginario social' y su ineludible dimensión diacrónico-narrativa juegan aquí un rol fundamental para iluminar las diferencias entre culturas democráticas. La última parte de este artículo sintetiza las reflexiones de Taylor sobre tendencias empíricas clave que han mostrado las democracias occidentales durante las últimas décadas, así como los principales desafíos pendientes que enfrentan.

Palabras clave

Charles Taylor, democracia, republicanismo, imaginario social, narrativas políticas

* Licenciado en sociología, minor en filosofía, Pontificia Universidad Católica de Chile; magíster en políticas públicas, Universidad de Erfurt, Alemania; doctor en sociología, Universidad de Jena, Alemania, bajo la supervisión de Charles Taylor y Hartmut Rosa. Actualmente se desempeña como docente en la Universidad de Chile y en la Universidad Diego Portales. Correo electrónico: dimonter@gmail.com.

The concept of democracy in Charles Taylor's political thought

ABSTRACT

This article reconstructs Charles Taylor's concept of democracy by distinguishing two main phases in its development. In the first phase, a young Taylor, dissatisfied with the prospects offered by a fashionable concept of democracy, purely instrumental and at the same time critical of the totalitarian regimes he had witnessed, argued for a democracy that would combine the ideal of citizen self-government and the characteristic pluralism of modern, liberal societies. In its second phase of development, the focus of Taylor's interest turned more towards an analysis of the different paths real democracies had taken rather than on the construction of an ideal type. Taylor now embraces the idea that just as there are multiple modernities, it is necessary to recognize different democratic forms that exist around the world. The concept of the 'social imaginary' and its inescapable diachronic-narrative dimension plays a crucial role in illuminating the differences between democratic cultures. The last part of this article summarizes Taylor's reflections on key empirical tendencies which Western democracies have exhibited during the past decades as well as the challenges they continue to face.

Keywords

Charles Taylor, democracy, republicanism, social imaginary, political narratives

Introducción

Dentro de las sociedades liberales occidentales se cree firmemente hoy en día que la democracia constituye la única forma de gobierno que puede reclamar legitimidad y estabilidad en el largo plazo. Esta creencia hubiera sorprendido a los padres fundadores norteamericanos de finales del siglo XVIII o a nuestra *intelligentsia* criolla de comienzos del XIX, quienes por lo general distinguían entre regímenes democráticos y republicanos, optando por estos últimos.¹ A pesar de esta innegable tendencia histórica de los últimos dos siglos, el camino de desarrollo y consolidación de la democracia en el mundo ha sido arduo y por momentos incierto, y desde

¹ Aquí, sin embargo, la concepción de democracia era todavía la aristotélica: gobierno del pueblo en donde 'pueblo' (*demos*) no tenía el significado universalista actual (toda la masa ciudadana), sino que se refería particularmente a las no-elites, una clase particular que se creía amenazar los intereses de los ricos y nobles. Volveré sobre esta distinción hacia el final del artículo.

nuestra perspectiva actual, a comienzos del siglo XXI, nada nos permite sentenciar su triunfo inevitable ni descartar *a priori* una profundización de la desafección política que ha afectado desde la década de 1970 al mundo occidental.

Charles Taylor, nacido en 1931 en Montreal (Quebec, Canadá), es uno de los pensadores contemporáneos que con mayor realismo y amplitud de miras ha abordado el estudio de la democracia: sus orígenes, las múltiples formas que puede adoptar, las condiciones que la hacen viable, así como sus momentos de avance y regresión. Los años treinta, por ejemplo, representaron en este sentido un importante retroceso, en tanto las jóvenes democracias que habían sido establecidas después de la Primera Guerra Mundial, fueron aplastadas por regímenes autoritarios; estos años coinciden con los dos primeros septenios en la biografía de nuestro autor y dejaron una importante huella en su recuerdo. “Incluso cuando era muy pequeño –relata Taylor–, las personas que me rodeaban estaban siempre hablando de política. Obviamente, la política durante los años treinta era Europa, Múnich; y mi familia era una fiera opositora de la política de apaciguamiento [de Chamberlain]” (Rogers, 2008, s/p). Pero luego de la victoria de los Aliados en la Segunda Guerra Mundial y la descolonización de Asia y África, las perspectivas para la democracia mejoraron notablemente. Hacia comienzos de la década de 1950, Taylor inicia sus años universitarios y abraza con gran entusiasmo la socialdemocracia.² Si bien sus estudios los realizó en historia y el doctorado en filosofía, su primer trabajo lo obtuvo bajo el alero de un departamento de *ciencia política*.

Ahora bien, la teoría dominante en la ciencia política de inspiración norteamericana por aquellos días era la de Schumpeter, la cual consistía en una visión puramente instrumental de la democracia. Los schumpeterianos daban por hecho que siempre habría un gobierno de elite. El argumento que se esgrimía era sencillo: la democracia, es decir, el sufragio universal, fuerza a las elites gobernantes a competir cada tanto tiempo por obtener los votos de los ciudadanos, y este hecho es el que a su vez obliga a las elites de expertos y políticos a servir los intereses de los gobernados. Bajo este esquema –condicionado naturalmente a la existencia de medios de comunicación libres, foros abiertos de discusión, el derecho a organizarse, entre otros– permanece en principio abierta la posibilidad de que una elite alternativa tome el mando si los gobernantes a cargo flaquean y no responden frente a los intereses ciudadanos en forma eficaz e imparcial (Schumpeter, 2015). Para aquellos seguidores y correligionarios de los planteamientos de este economista y

² Taylor entró activamente en la política canadiense al servir como vicepresidente del Nuevo Partido Democrático (NPD) y presidente del NPD de Quebec. En 1965 se presentó como candidato al parlamento contra Pierre Trudeau, quien se transformaría después en Primer Ministro de Canadá.

cientista político nacido en Austria y nacionalizado estadounidense, entre los que se encontraba para comenzar su compatriota Friedrich Hayek, la democracia se reducía a una mera *forma de gobierno* que la prudencia dictaba utilizar para salvaguardar la *forma de vida* liberal-occidental, esta sí valorada en y por sí misma. Fue precisamente contra este enfoque en boga que el joven Taylor comenzó a elaborar sus propias reflexiones sobre la democracia.

La construcción de un tipo ideal en tensión: democracia republicana à la Taylor

El argumento tayloriano arranca retomando una tesis central para la tradición del humanismo cívico y no considerada por los schumpeterianos, a saber, que el autogobierno participativo no es solamente una estrategia para procurar que los gobiernos tomen en serio y defiendan los intereses del pueblo, sino que constituye en sí mismo una forma de vida más plena y humana. No se trataba meramente de que la ciencia política schumpeteriana no albergara un lugar para estos planteamientos de la tradición republicana iniciada por Aristóteles y continuada por Maquiavelo, Montesquieu, Rousseau, Tocqueville y Arendt, sino que llegaba incluso a afirmar que demasiada participación en la política constituía un peligro para todo buen gobierno, dando espacio para la aparición de demagogos.

Desde joven, pues, Taylor se caracterizó por defender una concepción republicana-cívica de la democracia, tanto en cuanto enfoque teórico como meta práctica en la política. Pero al mismo tiempo comprendió que los schumpeterianos tenían un punto válido, tanto factual como normativo. En efecto, Taylor concede que en períodos de baja actividad democrática, cuando la participación ciudadana en los hechos declina, este modelo se acerca mucho a la verdad, la que correspondería a la experiencia

del ciudadano de una sociedad de grandes dimensiones, organizada burocráticamente y que se siente apenas identificado con ella, pero que tiene su propio plan de vida y tanto derecho como el que más a llevarlo a cabo y a recibir ayuda [...] para hacerlo. Lo que este individuo le exige al gobierno es que se desempeñe como instrumento común eficaz e imparcial. (Taylor, 2012, pp. 16-17)³

³ Este artículo corresponde a una ponencia que Taylor dio en Santiago de Chile en diciembre de 1986.

La concesión normativa, por el otro lado, consiste en que la democracia schumpeteriana ofrecería una alternativa mucho mejor que aquellas otras formas elitistas de gobierno que efectivamente excluyen cualquier cambio de gobierno como hoy en día puede ser el caso, por ejemplo, de la Rusia de Putin o la Turquía de Erdogan.

El párrafo anterior nos debería prevenir de considerar la teoría democrática de Taylor como la aceptación automática e incondicional de esa “filosofía de la democracia del siglo XVIII” en su variable rousseauiana que Schumpeter ataca (2015, p. 37 y ss.). El filósofo canadiense abraza entusiasta los aspectos excluidos por la concepción instrumentalista e individualista arriba descrita, como lo son los de participación y ciudadanía, pero advierte de los peligros latentes en el modelo rousseauiano en su tendencia hacia una forzada homogeneización de las opiniones y voluntades de los ciudadanos en pos de un bien común superior. También en la idea de una voluntad general del proletariado que se alza contra la sociedad capitalista, ve Taylor la herencia de Rousseau. Esta línea marxista-leninista mostró durante el siglo XX un apogeo bajo regímenes como el de Stalin, los que como comenta nuestro autor “han sistematizado la opresión en una escala verdaderamente gigantesca. Jean-Jacques habría temblado de espanto al ver en qué se ha convertido su idea” (Taylor, 2012, p. 20).⁴ La verdad que Taylor descubre en la teoría rousseauiana de la democracia tiene que ver más bien con que es capaz de describir una otra experiencia propia también de las sociedades modernas.

Es la experiencia de los hombres que, enfrentando una atmósfera de alienación o incluso de represión, logran organizar un movimiento que les da voz en los asuntos que los afectan de manera decisiva. Cuando los sindicalistas se organizan para combatir la represión, cuando los vecinos se organizan para impedir la demolición de sus hogares amenazados por la construcción de una autopista, cuando los ciudadanos se organizan en contra de una dictadura opresora, como ocurre hoy [1986] en Chile, los participantes pueden experimentar intensamente el sentimiento de su comunidad de propósitos, de la eficacia colectiva de su esfuerzo y de la dignidad común de enfrentar juntos el destino. (Taylor, 2012, p. 20)

Así, en el contexto de un mundo polarizado entre el capitalismo liderado por los países anglosajones, por un lado, y el socialismo soviético, por el otro, en donde a partir de la década de 1970 las perspectivas para la democracia en los países

⁴ Por supuesto, la examinación detallada de esta línea de continuidad Rousseau/Lenin merecería un artículo aparte y tendría que considerar, entre otros factores, la innovación leninista del partido de vanguardia.

industrializados del bloque occidental parecían devenir cada vez más inciertas, Taylor se vio forzado a reflexionar sobre la naturaleza de la democracia y lo que no estaba funcionando en estas sociedades. ¿Cuáles son las condiciones para una democracia viable? Tiene que ser pues una combinación de los rasgos positivos de ambas teorías arriba examinadas: el énfasis en el individuo, el pluralismo y el lugar para el disenso que permiten las teorías ‘económicas’ que descienden de Schumpeter,⁵ sin olvidar por el otro lado que en una sana democracia los ciudadanos se han de poder sentir vinculados en algún grado por una solidaridad común, identificarse entre sí en torno a algo significativo para todos, con lo cual se satisface la tesis republicana. Según esta construcción idealizada de la democracia que se sitúa en una línea de pensamiento que va desde Tocqueville hasta Arendt, Taylor indica que dicho polo de identificación común se puede encontrar en el respeto que los ciudadanos occidentales muestran hacia el constitucionalismo y el Estado de derecho. Exigir más que esto nos acercaría a la amenaza de una opresión homogeneizante con la consiguiente merma de la libertad individual y del sano conflicto social; pedir menos nos perdería en una fragmentación anómica que haría inviable el funcionamiento de una sociedad democrática en el largo plazo.⁶

Taylor precisa que este sentimiento de solidaridad hacia las leyes e instituciones centrales de una sociedad democrática corresponde a lo que antiguamente –por ejemplo, durante las revoluciones norteamericana y francesa– se llamaba ‘patriotismo’ y que no tenía nada que ver con nacionalismo, que es precisamente la connotación que aquella palabra ha ido cobrando con el correr del tiempo. De todos modos, es un hecho que los últimos dos siglos han visto la emergencia y consolidación de los nacionalismos en todo el mundo (Anderson, 1993; Calhoun, 2007), lo cual ha significado entre otras cosas que hoy en día la nación está íntimamente vinculada al sentimiento de solidaridad ciudadana al que nuestro filósofo apunta como condición indispensable de toda democracia funcional. A su vez, y como él observa, “la conciencia nacional depende en gran medida de un cierto tipo de relato que genera el sentimiento de nuestros orígenes y nuestro destino. Pero este relato privilegiado puede no tener nada que ver con la unidad en torno a la empresa del autogobierno” (Taylor, 2012, p. 25). Ciertas *narrativas nacionales* pueden resultar incompatibles con prácticas de autogobierno o, al-

⁵ Entre estas se cuentan, por ejemplo, las teorías del grupo de interés (David Truman) y aquellas que describen la vida política como un proceso de conversión (David Easton), así como las teorías de la democracia de Anthony Downs, James Buchanan y Gary Becker.

⁶ Taylor reconoce abiertamente que el modelo democrático aquí caracterizado corresponde en rigor a un “tipo ideal” que no puede nunca pretender encontrarse en forma pura en el “mundo real de la democracia” (Taylor, 2012, p. 22).

ternativamente, un relato dominante puede incluso justificar una comprensión elitista y autoritaria de la democracia, a pesar de su coexistencia con narrativas alternativas que pugnan por llevar a cabo una comprensión más participativa y descentralizada de ella, como puede argumentarse para el caso chileno. Volveré sobre este punto más abajo. En todo caso, parece ser evidente para Taylor que en el mundo de hoy las democracias más estables, como por ejemplo las anglosajonas, son aquellas que han podido vincular virtuosamente una conciencia nacional con instituciones de autogobierno.

Existe aquí, sin embargo, una tensión ineludible de la cual Taylor está plenamente consciente. El polo central en las democracias modernas es lo que él llamaría su ‘identidad política’, pero esta por lo general tiene dos facetas. Por un lado, contiene la ética política que la mayoría de las personas comparten y que dice relación con el respeto a los derechos humanos, la igualdad, el principio de no-discriminación, el Estado de derecho, el gobierno democrático con elecciones regulares e imparciales, etc., pero esto en los hechos parece nunca ser suficiente. Lo que realmente une a las personas, permitiendo a su vez la realización de aquella ética, es un proyecto histórico compartido y *particular*: el chileno, el canadiense (o quebequense), y así con cada democracia. Esta es la dimensión ‘patriótica’ que merece la denominación habermasiana de ‘patriotismo constitucional’, algo así como un nacionalismo cívico que pretende conciliar identidad cultural y ley democrática.⁷ Pero inevitablemente aquí pueden generarse tensiones. El elemento particularista presente en esta dimensión puede siempre *definirse* de modo tal que produzca la exclusión de ciertas clases de personas en base, por ejemplo, a criterios étnicos, culturales o religiosos. Habría así una “tentación de excluir” como dinámica intrínseca dentro de las democracias modernas (Taylor, 2011, p. 135).

Por supuesto, las definiciones o interpretaciones que conducen a exclusiones son en la mayoría de los casos seriamente infundadas, como puede ocurrir en las asociaciones que hoy en día se establecen entre musulmán y terrorista, mexicano e ilegal, o entre europeo y antibritánico, pero de todos modos estas interpretaciones operan poderosamente en la realidad y en ciertas ocasiones amenazan con hacernos violar nuestra propia ética política, que incluye como veíamos el principio de no-discriminación. Hay aquí una lucha perpetua que desafía a políticos y ciudadanos a estar constantemente redefiniendo su identidad política en tanto la población se va renovando –no solo a través de la inmigración sino también debido a los cambios

⁷ El término ‘patriotismo constitucional’ (*Verfassungspatriotismus*) lo acuña el politólogo alemán Dolf Sternberg en 1979 con motivo del aniversario de la Constitución alemana, término que luego populariza Jürgen Habermas (1989).

aspiracionales que traen consigo las generaciones más jóvenes⁸ para evitar este tipo de conducta autodestructiva.

Contra Rousseau, finalmente, Taylor ha enfatizado cada vez en forma más enérgica el lugar central que ocupa el conflicto en una sociedad democrática. El filósofo del *Contrato social* soñó con una democracia utópicamente armónica en donde la ‘voluntad general’ resultaría tan obvia que la propuesta de un miembro encontraría el inmediato acuerdo de todos los demás. Pero la expectativa aquí está preñada de peligro totalitario, como ya se insinuó más arriba. La tolerancia de conflictos no destructivos de todo tipo –entre ellos, el conflicto en torno a cómo realizar la democracia misma– debiera ser considerada no solo como un elemento constitutivo de las democracias, sino como una condición fundamental para su sano funcionamiento. Como observa el propio Taylor, esta intuición ya la encontramos en los *Discursos* de Maquiavelo. No es un accidente que muchas de las democracias más vibrantes durante el siglo XX, medidas en términos de eficacia ciudadana percibida, estaban de hecho polarizadas entre una elite y un pueblo, y constituían el escenario de movilizaciones populares como las propulsadas por los agricultores unidos a los trabajadores asalariados en Estados Unidos y Canadá, o las movilizaciones de clase en Europa. Un conflicto bien canalizado y ordenado por instituciones pacíficas y una cultura política de moderación puede a su vez, y por paradójico que parezca, alimentar un fuerte sentimiento de identidad común, frecuentemente al alero de una nación.

En resumen, la democracia republicana de Taylor, como muestra un aclarador ensayo publicado hace algunos años por Renato Cristi y Ricardo Tranjan,

recupera elementos claves de la tradición humanista cívica y lo hace motivado por su desencanto con respecto a la teoría moderna del derecho natural [...] sin desestimar los avances de la modernidad [...] Su inquietud se refiere específicamente a la interpretación sesgada y parcial de la sociedad que postula el neoliberalismo contemporáneo, heredero de la tradición contractualista inaugurada por Grocio, Hobbes y Locke. (Cristi y Tranjan, 2010, p. 600)

⁸ Los crecientes flujos migratorios en el mundo y la mayor sensibilidad que en general exhibe la población más joven hacia la diversidad cultural que aportan los pueblos indígenas, por ejemplo en nuestras sociedades latinoamericanas, han ido minando el supuesto de homogeneidad cultural de muchas sociedades occidentales y en esa misma medida las políticas del reconocimiento de las distintas identidades que conviven bajo los Estados democráticos-liberales han cobrado una cada vez mayor importancia. Ver a este respecto el artículo de Mauro Basaure de este número, así como el trabajo de Sebastián Kaufmann (2011) publicado en esta misma revista.

Los elementos específicos que constituyen la ontología subyacente a dicha filosofía contractualista que es retomada en el siglo XX por Schumpeter, Hayek y el resto de los teóricos económicos de la democracia, como son el atomismo (Taylor, 2005a), la concepción negativa de la libertad (Taylor, 2005b), el procedimentalismo (Taylor, 1996) o la noción de bienes convergentes (Taylor, 1995), así como la ontología social o ‘republicana’ sobre la que se basa la filosofía política del pensador canadiense, se encuentran nítidamente expuestos en el trabajo citado de Cristi y Tranjan (2010), por lo cual no entraré aquí en ello. Antes bien, quisiera pasar a comentar ahora algunas de las contribuciones más recientes de nuestro autor.

Imaginario social y narrativas políticas: culturas democráticas ‘en plural’

Como muchos otros intelectuales, hacia la década de 1980 Charles Taylor comenzó a reflexionar seriamente sobre la idea de que Occidente no era la única forma de modernidad. Habría pues ‘modernidades múltiples’, para servirnos de la expresión de Shmuel Eisenstadt (1998, 2000), lo que implicaba inmediatamente la posibilidad de formas alternativas de democracia. “Durante estos años –nos cuenta Taylor– yo estaba muy impresionado por la vitalidad de la democracia india y por sus diferencias respecto de los modelos occidentales con los cuales estaba familiarizado.”⁹ ¿Cómo se podían entonces articular estas diferencias? Montesquieu y Tocqueville habrían hablado de *moeurs*, que se podría traducir como ‘costumbres’, y una ciencia política occidental más sofisticada probablemente usaría la noción de ‘cultura política’ para caracterizar estas distintas formas democráticas. Frente a este problema, la noción de ‘imaginario social’, es decir, el modo en que los miembros de una sociedad imaginan conjuntamente cómo esa sociedad funciona (Taylor, 2006), parecía ser el concepto clave: son precisamente los contrastes entre imaginarios sociales los que ayudan a definir distintas *culturas democráticas*.

Aquí la teoría rival de referencia no era tanto Schumpeter como Dahl. Como es sabido, después de la Segunda Guerra Mundial un grupo de académicos norteamericanos, en particular Robert Dahl, iniciaron una corriente dentro de la teoría democrática que se caracterizaba por la identificación de un conjunto de rasgos constitutivos de democracias funcionales (o ‘poliarquías’, como prefería llamarlas ya que ninguna cumplía plenamente con el ideal democrático) que fueran universalmente reconocibles

⁹ Correspondencia personal con el autor. Mukulika Banerjee (2014) ofrece una excelente investigación etnográfica sobre el caso indio.

(Dahl, 1956, 1961, 1971). En concreto, solo se podía afirmar la existencia de democracias en aquellos países que exhibieran, en primer lugar, un sistema de contienda pacífica a través de sufragio y asambleas representativas (la existencia de un partido de oposición) junto a, en segundo lugar, un cierto grado de participación ciudadana en dicho sistema. Dahl observaba que por lo general el primer rasgo precedía al segundo si se atendía al desarrollo real (histórico) de los regímenes democráticos, como fue de hecho el caso durante el siglo XIX en el mundo de los países noratlánticos, en donde solo se podía hablar de la existencia de ‘democracias oligárquicas’. Otros académicos norteamericanos, como el sociólogo Samuel Stouffer, comenzaron en paralelo a cuestionar el real compromiso de las personas frente al ‘credo democrático’ —es decir, las normas de participación y tolerancia política— como base de las sociedades democráticas (Stouffer, 1955). Finalmente, la denominada *empirical democratic theory*, recurriendo a metodologías cuantitativas, intentó explicar, por ejemplo, por qué ciertos países desarrollan sistemas democráticos mientras que otros no lo hacen, enfatizando la relación entre democracia y factores socioeconómicos (Lipset, 1959).

Alimentándose de estas tradiciones teóricas, los académicos chileno-estadounidenses Arturo y Samuel Valenzuela publicaron uno de los pocos estudios que existen dentro de la ciencia política que abordan explícitamente la cuestión de los orígenes de la democracia en Chile (Valenzuela y Valenzuela, 1983). En dicho estudio se comienza indicando las características excepcionales del caso chileno antes de 1973, en donde a pesar de su estatus como país relativamente ‘subdesarrollado’, muchas investigaciones lo situaban como uno de los países más democráticos del mundo. Si bien es cierto que los autores de este estudio anuncian ciertos reparos frente a algunas de las teorías norteamericanas mencionadas, no es menos cierto que su análisis reposa en última instancia en una adhesión al modelo dahliano de democracia, hecho que los lleva a concluir que “el desarrollo de instituciones de contienda pacífica y participación en Chile se compara favorablemente con el desarrollo de instituciones parecidas en Europa y en los Estados Unidos” (Valenzuela y Valenzuela, 1983, p. 14).

La perspectiva que ofrece Taylor ciertamente no negaría la utilidad de este tipo de investigaciones, pero apuntaría a un problema subyacente en ellas, a saber: que pretenden estudiar la democracia como si esta correspondiera a un fenómeno general y universal, presuponiendo un conjunto de variables constitutivas previamente definidas. Pero esto oscurece el policromático cuadro de sociedades democráticas alrededor del mundo que se abre a la mirada del investigador actual. El enfoque que defiende Taylor, por el contrario, busca describir la *especificidad* de la democracia X, enfatizando las diferencias que la separan de otros sistemas políticos. En claro contraste con las teorías norteamericanas mencionadas del período de la posguerra y su tendencia a la identificación de leyes o patrones generales, Charles Taylor junto

a otros pensadores contemporáneos como Craig Calhoun, Dilip Gaonkar, Rajeev Bhargava, Michael Warner, han sugerido que “existen culturas democráticas, en plural. Tal como (muchos de) nosotros dejamos de hablar de modernidad y hablamos ahora de *modernidades múltiples*, del mismo modo tendremos que reconocer diferentes formas democráticas” (Taylor, 2007, p. 118).

Esto requiere desandar el camino recorrido por la ciencia política comparativa convencional, así como abandonar una definición ‘minimalista’ o ‘electoral’ de la democracia o cualquier concepción *a priori* del fenómeno. “¿Qué podemos decir en general acerca de las democracias?” –se pregunta Taylor, y responde: “Debido a sus diferencias, tendrá esto que ser algo meramente formal, con el contenido siendo rellenado distintamente en cada contexto particular” (Taylor, 2007, p. 119). La noción de imaginario social –la forma en que la gente imagina su existencia social– responde precisamente a esa dimensión formal. En cuanto se toma en serio el hecho de que la democracia está en parte basada en las autocomprensiones de sus miembros y que tiene que ser imaginada de una manera u otra para poder realizarse a su vez en instituciones y prácticas concretas, es necesario investigar la forma particular (histórica) en que cada sociedad ha generado sus prácticas de autogobierno, en especial sus *momentos fundacionales* o *de transición* que marcan en muchos casos el devenir posterior de una cultura democrática.

Es importante notar aquí que las transiciones a la democracia serán siempre variadas, porque en cada caso las comunidades particulares involucradas transitan *desde* muy diferentes prácticas e imaginarios y con frecuencia se mueven también *hacia* distintos imaginarios democráticos. La transición, por ende, no tiende en cada caso hacia el *mismo* estadio final: una supuesta (y esperada) democracia ‘normal’; antes bien se observaría aquí un efecto de dependencia en el camino [*path dependency*], y que consiste en que la transición inicial que una sociedad experimenta marca su derrotero posterior y termina configurando la peculiar fisionomía y carácter de su cultura democrática.¹⁰ Lo que se quiere destacar es la existencia de una cadena causal *singular* de acontecimientos, al punto de que incluso dentro del mismo mundo noratlántico se percibirían marcadas diferencias entre momentos fundacionales, lo que a su vez influiría decisivamente en las distintas trayectorias que han recorrido las culturas políticas en esta región. El filósofo ilustra su punto mediante una comparación entre las revoluciones norteamericanas y francesas.

¹⁰ La transición fundacional a la democracia, en el caso chileno, corresponde evidentemente a aquel momento cuando las prácticas e imaginarios políticos ya existentes (locales) fueron afectados por ideas liberales y democráticas modernas importadas de Europa, lo cual coincide con el período cuando Chile se construyó como nación independiente. Ver Montero (2016; 2015, tercera parte).

La transición norteamericana, si uno toma en consideración el medio siglo que transcurre de 1775 a 1825, enfatizó la igualdad entre agentes independientes. En el caso francés, se le dio una gran importancia a la promulgación [*enacting*] de un propósito común, lo que con frecuencia encontró una formulación intelectual afín en la idea rousseauiana de *voluntad general*. Podemos ver estos distintos énfasis proviniendo de las respectivas transiciones que se iniciaron hacia finales del siglo dieciocho. Pero ellas continúan marcando las culturas políticas de estas dos grandes democracias. (Taylor, 2007, p. 121)

En el ejemplo citado se trataría del contraste entre un imaginario más individualista que idealiza al ser humano que se para sobre sus dos pies en la vida, afirmando una ética de la responsabilidad y la autosuficiencia (lo que ayudaría a explicar la relativa poca importancia histórica que los sindicatos han tenido en la sociedad norteamericana), *vis-à-vis* la trayectoria francesa –o en general, europea–, que descansa sobre un imaginario más colectivista, en donde la identidad de clase ha jugado un rol protagónico.

El imaginario social puede entenderse, por lo tanto, como un repertorio de prácticas y autocomprensiones (la mayoría de las veces implícitas, encarnadas en modos de acción colectiva) a disposición de una sociedad concreta en un momento determinado de su historia, y un elemento muy importante de todo imaginario es su dimensión narrativa. Ya mencionamos el caso de aquellos ‘relatos privilegiados’ sobre los que se construye una nación. Ciertas instituciones y prácticas políticas logran preservarse, en parte, gracias a una cierta interpretación que por lo general se remonta a los orígenes históricos de una comunidad política, afirmando o demonizando las supuestas virtudes o deficiencias de una institucionalidad compartida. Las narrativas son esenciales –afirma Taylor– ya que reclaman la legitimidad (o ilegitimidad) de los sistemas políticos (Montero y Bohmann, 2014).

Como es bien sabido, la narrativa histórica acerca de la grandeza de los padres fundadores de la república en Chile y del orden por ellos consolidado ha sido, desde el siglo XIX y hasta el día de hoy, una potente fuente de legitimidad para las constituciones políticas de 1833, 1925 y 1980, y para el sistema político chileno en su conjunto: desde la historiografía de Barros Arana o Vicuña Mackenna a la de Gonzalo Vial, pasando por la de Alberto Edwards y F. A. Encina; desde el discurso político de Diego Portales hasta la retórica de los consensos del período de posdictadura. En años recientes, esta interpretación dominante ha sido cuestionada desde ciertos grupos de la sociedad civil, notablemente gracias a la aparición del movimiento social de 2011 y sus réplicas en el debate nacional. Trabajado-

res, intelectuales, estudiantes, pobladores, profesores se unieron transversalmente abogando un cambio político-institucional que modificara sustancialmente los términos de convivencia impuestos bajo la dictadura militar. En paralelo se hicieron sentir las demandas de las regiones, mediante la formación de asambleas territoriales (Asambleas Ciudadanas) y protestas callejeras en diferentes ciudades del país. Llevado todo esto a un nivel de abstracción mayor, se puede argumentar que en 2011 se retomó la elaboración y difusión de una *narrativa alternativa* sobre la ilegitimidad de las prácticas e instituciones políticas, poniendo sobre la mesa la demanda de una nueva constitución elaborada en forma inclusiva, e incorporando antiguas demandas hacia el logro de mayores niveles de participación ciudadana, de autonomía económica y política para las regiones y comunas, consagración de derechos sociales, entre otros (Montero, 2016, 2015).

El punto está en que la vida interna de una democracia, en particular sus momentos de crisis, difícilmente se pueden comprender recurriendo a fórmulas teóricas abstractas y atemporales que tienden a desentenderse del medio diacrónico de una *historia* (relato) que hace sentido de aquella vida y sus crisis. El concepto moderno o weberiano de legitimidad se refiere a las creencias y actitudes que los individuos tienen para con la sociedad de la cual son parte. Una crisis de legitimidad se caracterizaría, pues, por una divergencia entre las expectativas y aspiraciones de la ciudadanía, por un lado, y la configuración y el comportamiento que exhiben las instituciones políticas, por el otro, lo que gatilla un rechazo de la autoridad política. Pero ya que las diferencias entre democracias alrededor del globo son grandes –en tanto cada una está definida por lo que Taylor llama una ‘cultura democrática’–, la emergencia de una crisis de legitimidad también puede ser leída como un *choque interno entre autointerpretaciones políticas*, como un problema específico que por lo tanto requiere de soluciones específicas, contextuales, dependiendo de la sociedad en cuestión. Y parte de esta comprensión ‘hermenéutica’ de la democracia y sus crisis se facilita si consideramos las posibles tensiones entre narrativas políticas al interior de una misma comunidad (Montero, 2015, pp. 36-41). Recurriendo a un ejemplo del propio Taylor, la polarización del debate norteamericano actual denotaría una grieta interna que dice relación con la invocación de narrativas políticas diferentes que se remontan muy atrás en la historia y que reclaman la tremenda legitimidad asociada a la fundación de esta república.

Obama toma esta frase de la primera línea de la Constitución de los Estados Unidos (*Nosotros, el Pueblo de los Estados Unidos, a fin de formar una Unión más perfecta...*) y la utiliza como una narrativa potente: ‘Han sido doscientos años en los que hemos estado abocados a la tarea de formar

una Unión más perfecta y hemos dado ciertos pasos. Dejamos atrás la esclavitud y ahora vamos a tener un mejor sistema de salud.' Pero por el otro lado el Tea Party dice: 'No, en el pasado los norteamericanos se las valían por sí mismos pero con Roosevelt, los demócratas y el Estado de Bienestar todo ha ido por mal camino. Tenemos que retornar a ese momento original de total independencia. (Montero y Bohmann, 2014, p. 7)

La tesis aquí defendida sobre el carácter ineludiblemente diacrónico-narrativo de la democracia es en verdad extrapolable a toda realidad propiamente humana, como Taylor ha mostrado en forma extensa en su último libro (Taylor, 2016a, cap. 8).

Ciertamente, es posible ver un cambio de perspectiva en el pensamiento de Taylor entre su concepción republicana de la democracia, basada en la crítica al modelo schumpeteriano (y sus antecedentes lejanos en la teoría moderna del derecho natural), y su más reciente trabajo sobre culturas democráticas en tanto la tradición del humanismo cívico está centrada fundamentalmente en (y nutrida por) la experiencia de los antiguos griegos y romanos. Pero la ética esencial detrás de esta tradición, la convicción de que el autogobierno participativo es un elemento fundamental para una vida humana más plena, sigue siendo la piedra angular del concepto tayloriano de democracia.

Democracia y eficacia ciudadana en las postrimerías del siglo XX

Los mismos hechos históricos que condujeron al fin de la Guerra Fría terminaron realzando el valor práctico de la posición intermedia de la democracia elaborada por Taylor y que, como vimos en la primera sección de este ensayo, tiene que entenderse como el rescate y síntesis de los elementos normativos deseables que están presentes paradigmáticamente en las teorías de Rousseau y Schumpeter.

Lo que debiera haber perecido juntamente con el comunismo es la creencia de que las sociedades modernas pueden regirse sobre la base de un principio único, ya sea éste el de la planificación de acuerdo con la voluntad general o el de las asignaciones del libre mercado. (Taylor, 1994, p. 136)

Y es precisamente frente a las potencias en que se han convertido el mercado, por un lado, y el Estado burocrático, por el otro, que la democracia encontraría su decisivo rol contrabalanceador dentro de las sociedades contemporáneas, o al menos ese es el llamado que hace Taylor.

Pero varias tendencias intrínsecas a la modernidad occidental estarían complotando, según nuestro autor, contra esta voluntad de control democrático; estas dicen relación con la prevalencia de una cultura individualista y tecnológica, la que no solo conlleva una pérdida de sentido en la vida de las personas (declive de los horizontes morales) y el eclipse de los fines (hegemonía de una racionalidad de tipo instrumental), sino que amenaza también la libertad política de dichas sociedades, algo de lo cual ya Tocqueville pareció estar sorprendentemente consciente. En efecto, en su primera publicación importante después de la caída del muro de Berlín, Taylor se expresa respecto de este último problema parafraseando al pensador francés:

En una sociedad en la que la gente termina convirtiéndose en ese tipo de individuos que están ‘encerrados en sus corazones’, pocos querrán participar activamente en su autogobierno. Preferirán quedarse en casa y gozar de las satisfacciones de la vida privada, mientras el gobierno proporciona los medios para el logro de estas satisfacciones y los distribuye de modo general. Con ello se abre la puerta al peligro de una forma específicamente moderna de despotismo ‘blando’. No será una tiranía de terror y opresión como las de tiempos pretéritos. El gobierno será suave y paternalista. Puede que mantenga incluso formas democráticas con elecciones periódicas. Pero en realidad todo se regirá por un ‘inmenso poder tutelar’ sobre el que la gente tendrá poco control. (Taylor, 1994, pp. 44-45).

El peligro real que Taylor quiere aquí mostrar no apunta tanto a la presencia de un poder despótico como al lento proceso de *fragmentación* dentro de las sociedades occidentales, y en pleno auge hacia fines del siglo XX. Por fragmentación Taylor quiere entender específicamente la creciente incapacidad de un pueblo “de proponerse objetivos comunes y llevarlos a cabo”, una cada vez más marcada autocomprensión atomista de los seres humanos con la consiguiente pérdida de lealtades comunes entre conciudadanos (Taylor, 1994, p. 138). Siguiendo estos mismos argumentos, la desafección política de las últimas décadas habla, en parte, de un cambio en el modo como las personas perciben el sentido de su *eficacia ciudadana*. Si antes la ciudadanía en general estaba orientada hacia ejercer una influencia sobre el gobierno total de la sociedad, en donde el militancia en un gran partido o coalición que podía traducir las aspiraciones ciudadanas constituía un elemento crucial de la vida política, ahora el interés parece haberse reorientado hacia intervenciones puntuales y problemas específicos. En este segundo modelo,

[e]l ciudadano efectivo es aquel que puede, por ejemplo, defender sus derechos o un derecho particular de alguna categoría de individuos, o que también es capaz de llevar adelante alguna causa particular que ella aprecie. Los instrumentos escogidos en este caso son, en algunas jurisdicciones, la lucha legal en las cortes y en otros organismos adjudicadores; o también puede tomar la forma de lobbies enfocados sobre un tema único... (Taylor, 2007, p. 132)

La experiencia de la importancia asociada al acto de votar regularmente en elecciones por programas o coaliciones que representan el sentir de una mayoría del electorado, se pierde en tanto pasamos del primer al segundo modelo de eficacia ciudadana. Hay aquí un cambio de comportamiento generacional que es fundamental a ser tomado en cuenta. Las identidades de clase tradicionales se han fragmentado, en parte, debido a la emergencia de nuevos problemas que superan la vieja polarización derecha-izquierda, levantados por los movimientos feministas, ecologistas, multiculturalistas, gay, entre otros; pero también en parte debido a la gran prosperidad que trajeron las décadas de la posguerra en los países industrializados y que terminaron haciendo parecer innecesarias las antiguas solidaridades de clase.

Pero no hay que olvidar –como nos recuerda Taylor– el contexto más amplio de la emergencia desde finales de los años setenta de una cultura cada vez más basada en un ‘individualismo de la autorrealización’, la que no obstante sus modos de expresión degradados y que apuntarían finalmente a la consecución de un craso egoísmo en la vida de las personas (en sus transacciones mercantiles, en sus relaciones de pareja, pero también en sus actitudes y comportamientos políticos), contiene en su centro de todos modos la aspiración hacia el ideal moderno de autenticidad, el “ser fiel a uno mismo” (Taylor, 1994, p. 51). Dicho de otro modo: el diagnóstico de Taylor quiere alejarse del pesimismo cultural que han exhibido en mayor o menor medida pensadores contemporáneos como Daniel Bell, Christopher Lasch, Gilles Lipovetsky o Allan Bloom. A diferencia de estos autores, Taylor se esfuerza por caracterizar la tensión que surge al reconocer que los modos de vida y prácticas políticas de las personas, debido a su tendencia al encierro y la autorreferencia, no están a la altura de los ideales morales hacia los que apuntamos como cultura, lo que lejos de invitar al fatalismo resalta una característica intrínseca de las sociedades liberales contemporáneas: la continua *lucha* entre formas más altas y más bajas de libertad, entre formas de autorrealización más o menos genuinas (Taylor, 1994, cap. 7).

Consideraciones finales: democracia ‘téllica’

Al llegar a sus 85 años, Taylor mantiene una mirada atenta y no parece entregarse a complacientes ilusiones frente a las reales perspectivas de la democracia. En su opinión, no existe algo así como un ‘triumfo irreversible’ de la democracia, no solo debido a que no hay garantías que aseguren su difusión más allá de los límites actuales, sino porque incluso las democracias más consagradas pueden ser objeto de importantes retrocesos.

El filósofo nos propone, como antídoto contra un optimismo irreal, “la noción de que la democracia tiene como su *telos* el gobierno del ‘pueblo’ en el sentido global [del término] [...] que la sociedad moderna retiene o amenaza con recrear profundas diferencias de poder entre las elites y las no-elites y que por ende esta sociedad necesita transformarse para alcanzar o resguardar su objetivo” (Taylor, 2016b, pp. 3-4). Esta concepción ‘téllica’ de la democracia, para decirlo de otra manera, implica la *aspiración* de que el concepto antiguo o aristotélico de ‘pueblo’, que identifica al *demos* en forma restrictiva con esa clase o porción de la sociedad que no pertenece a la elite, devenga en el concepto propiamente moderno que engloba a *todos* los ciudadanos sin distinción de raza, género o posición socioeconómica. La democracia es pues teleológica en cuanto la entendemos como ese esfuerzo colectivo que persigue el noble objetivo de la inclusión. En un cierto sentido, es una ficción que intentamos hacer realidad. De este modo, Taylor toma distancia frente a aquellos teóricos neoliberales y neoschumpeterianos que ven en la democracia un hecho irreversible e incluso invitan a dejar atrás cualquier discusión que –en nombre de una política igualitarista, por ejemplo– revierta hacia la noción de ‘pueblo’ en el sentido clasista de la palabra, discusión que solo lograría según ellos revivir una absurda y anacrónica ‘lucha de clases’.¹¹

Pero en los hechos, y ya bien entrado el siglo XXI, la promesa universalista democrática parece estar lejos de cumplirse. En las sociedades occidentales contemporáneas –incluyendo ciertamente las latinoamericanas– existe un malestar, una

¹¹ Taylor ha enfatizado recientemente también el hecho de que el optimismo del esquema schumpeteriano tiende a “subestimar los recursos de los regímenes autoritarios, en particular el nacionalismo, una sensación de agravio histórico –incluso de humillación– dirigido contra los antes hegemónicos poderes colonialistas occidentales, así como el sentimiento que estas mismas potencias occidentales están intentando debilitarnos destruyendo el tejido moral de nuestra sociedad y su religión, promoviendo la laxitud, la homosexualidad, etc. Putin está incluso tratando de crear una Internacional Contra-Liberal sobre la base de una resistencia común frente a la erosión cultural y moral. Pero lo que esta perspectiva optimista también olvida es el declive y regresión dentro de democracias consolidadas, lo que a su vez intensifica su inhabilidad para responder ante los nuevos desafíos que enfrentan” (Taylor, 2016b, p. 3).

sensación de declive y pérdida de vida democrática, expresada en poca confianza hacia los políticos y el sistema político, baja participación o simplemente en el sentimiento ciudadano de no tener un peso real en las decisiones importantes. Explicaciones para este malestar no faltan. Desde las décadas de 1970 y 1980 existe una tendencia bien documentada hacia el aumento de las desigualdades económicas hasta marcar en nuestro siglo un máximo histórico, al tiempo que la clase media se reduce (Picketty, 2014; ver tercera parte); las corporaciones transnacionales e instituciones financieras ejercen hoy en día una influencia desproporcionada sobre el destino de las personas; poderes oligopólicos afectan también a los medios de comunicación, los que consecuentemente tienden a desinformar. Finalmente, las dinámicas de exclusión han arreciado también últimamente a través del populismo de derecha, como el Tea Party en Estados Unidos o en virtud de lo que se podría denominar el populismo étnico ‘antielitista’ de Le Pen en Francia, Wilders en Holanda y Marois en Canadá, algo que se ha incrementado sobre todo en Europa después de la crisis de los refugiados.

Retomando muchos de los diagnósticos arriba esbozados, Charles Taylor ha planteado recientemente tres grandes desafíos que a su juicio enfrentaría la democracia hoy en día: la desesperación del *demos*, la exclusión cultural y étnica, así como la impotencia de un actuar efectivo frente a grandes problemas tales como el calentamiento global o la necesidad de asegurar el pleno empleo sin afectar el crecimiento –desafíos que solo se pueden empezar a encarar a través de nuevas formas de acción democrática internacional (Taylor, 2016b). Esta desazón del *demos*, como se indicó, es lo que estaría detrás del bajo entusiasmo ciudadano por la política institucional y que llevaría a las persona a dejar de votar por creer que no hace ninguna diferencia real en los hechos (lo cual obviamente inicia una espiral en tanto los intereses ciudadanos pueden ser ignorados más aún como consecuencia de la baja participación). Por su parte, las identidades políticas que son esenciales a toda democracia pueden –como vimos– volverse tóxicas, es decir, pueden ser definidas en forma angosta y legitimar todo tipo de exclusiones, como nos lo muestra elocuentemente la política internacional del momento con el fenómeno Trump en Estado Unidos o la campaña a favor del Brexit y el triunfo de esta opción en el referéndum sobre la permanencia de Reino Unido en la Unión Europea. El tercer desafío, por último, apunta a la existencia de problemas de gran envergadura que solo se pueden solucionar internacionalmente, entre los cuales el cambio climático sería en los ojos de nuestro autor el más dramático. Kyoto falló, ¿podrá el Acuerdo de París ser un vehículo de acción internacional?

Es precisamente a la luz de las poco auspiciosas tendencias arriba caracterizadas que la comprensión de la democracia como movimiento y lucha, en particular

como ese esfuerzo constante en pos de la realización de un *telos* universalista e inclusivo, es para Taylor hoy en día más relevante que nunca.

Recibido agosto 16, 2016
Aceptado noviembre 13, 2016

Referencias bibliográficas

- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Banerjee, M. (2014). *Why India Votes?* New Delhi: Routledge.
- Calhoun, C. (2007). *Nacionalismo*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Cristi, R., Tranjan, R. (2010). Charles Taylor y la democracia republicana. *Revista de Ciencia Política* 30 (3), 599-617.
- Dahl, R. (1956). *A Preface to Democratic Theory*. Chicago: University of Chicago Press.
- (1961). *Who Governs?* New Haven: Yale University Press.
- (1971). *Polyarchy: Participation and Opposition*. New Haven: Yale University Press.
- Eisenstadt, S. (1998). Multiple Modernities in an Age of Globalization. *Verhandlungen des 29. Kongressers der Deutschen Gesellschaft für Soziologie*, 37-50.
- (2000). Multiple Modernities. *Daedalus* 129 (1), 1-29.
- Habermas, J. (1989). *Identidades nacionales y postnacionales*. Madrid: Tecnos.
- Kaufmann, S. (2011). Multiculturalidad y ética del reconocimiento. *Persona y Sociedad* 15 (1), 75-87.
- Lipset, S. M. (1959). Some Social Requisites of Democracy: Economic Development and Political Legitimacy. *American Political Science Review* 53 (1), 69-105.
- Montero, D. (2015). *A Taylorian Approach to Social Imaginaries. The Origins of Chile's Democratic Culture* (tesis doctoral). Digitale Bibliothek Thüringen. Disponible en <https://www.db-thueringen.de>.
- (2016). La Culture Démocratique Chilienne: Des Origines à la Crise de Légitimité Contemporaine. *Problèmes d'Amérique latine* 102 (otoño), 35-52.
- Montero, D., Bohmann, U. (2014). History, Critique, Social Change and Democracy. An Interview with Charles Taylor. *Constellations* 21 (1), 3-15.
- Piketty, T. (2014). *Capital in the Twenty-First Century*. Cambridge, MA: The Belknap Press of Harvard University Press.
- Rogers, B. (2008). Charles Taylor interviewed. *Prospect Magazine* (febrero). Disponible en http://www.prospect-magazine.co.uk/article_details.php?id=10030.

- Schumpeter, J. (2015). *Capitalismo, socialismo y democracia*, Vol. II. Barcelona: Página In-dómita.
- Stouffer, S. (1955). *Communism, Conformity, and Civil Liberties*. Garden City, NY: Doubleday & Co.
- Taylor, C. (1994). *La ética de la autenticidad*. Barcelona: Paidós.
- _____ (1995). Irreducibly Social Goods. *Philosophical Arguments* (pp. 127-145). Cambridge, MA: Harvard University Press.
- _____ (1996). The Motivation behind a Procedural Ethics. En R. Beiner, W. J. Booth (eds.), *Kant and Political Philosophy: The Contemporary Legacy* (pp. 337-360). New Haven: Yale University Press.
- _____ (2005a). El atomismo. *La libertad de los modernos* (pp. 225-255). Buenos Aires: Amorrortu.
- _____ (2005b). ¿Cuál es el problema de la libertad negativa? *La libertad de los modernos* (pp. 257-281). Buenos Aires: Amorrortu.
- _____ (2006). *Imaginario sociales modernos*. Barcelona: Paidós.
- _____ (2007). Cultures of Democracy and Citizen Efficacy. *Public Culture* 19 (1), 117-150.
- _____ (2011). Democratic Exclusion (and its Remedies?). *Dilemmas and Connections* (pp. 124-145). Cambridge, MA: The Belknap Press of Harvard University Press.
- _____ (2012). Algunas condiciones para una democracia viable. *Democracia Republicana* (pp. 16-17). Santiago: Lom.
- _____ (2016a). *The Language Animal. The Full Shape of the Human Linguistic Capacity*. Cambridge, MA: The Belknap Press of Harvard University Press.
- _____ (2016b). The Crisis of Western Democracy? Conferencia inédita ofrecida en el contexto de la Academia Sinica Lecturer Series, Taiwán, 12 de abril de 2016.
- Valenzuela, A., Valenzuela, S. (1983). Los orígenes de la democracia. Reflexiones teóricas sobre el caso de Chile. *Estudios Públicos* 12, 7-39.